

Los hermanos Caballero de los Olivos. Dos soldados liberales durante la intervención francesa de 1862-1867 en la novela de Victoriano Salado

Ranulfo Gaspar Hernández*

Introducción

En este trabajo me ocuparé de uno de los pasajes de la historia patria que Victoriano Salado plasmó en su obra *Episodios nacionales mexicanos*, por medio de un par de personajes salidos de su imaginación novelística histórica: los hermanos Miguel y Francisco Caballero de los Olivos, a quienes el autor presentó como hijos de don Germán y doña Lorenza, descendientes de una familia humilde pero muy patriota. El intento de contrastar a los dos hermanos lo hizo a través de su ocupación, de sus estudios académicos y de su actuación en el ejército liberal: Miguel tiene 18 años y ha trabajado para el Ministerio de Hacienda; Francisco estudió en San Ildefonso y desea ser abogado, como su padre. Sus vidas paralelas de empleado y estudiante se ven interrumpidas por la intervención francesa de 1862-1867 y su mudanza a la ciudad de Puebla, asediada por las bayonetas galas.

El trabajo reflexiona en torno a la actitud del ejército liberal mexicano ante el invasor extranjero, aunque sobre este asunto Érika Pani nos dice que “la heroica guerrilla republicana [y] defensora de la ‘democracia’ es una construcción de los autores liberales del mito patriótico” (Pani, 2004: 25, 45.) De este modo, la obra versa sobre estos dos personajes ficticios y su participación en el sitio de Puebla, como figuras representativas del valor heroico, patriótico y liberal en contra de la ocupación extranjera de nuestro territorio, con todas las cualidades ideales de Victoriano Salado, quien concebía que un patriota se aventuraba a dar su vida por defender el suelo propio ante fuerzas invasoras, hasta el extremo de arriesgar a sus familias en defensa de la soberanía de la nación.

La inserción de los Caballero de los Olivos en el ejército liberal mexicano de la República de Benito Juárez

En la tercera década del siglo XIX, durante el régimen republicano, México vio aparecer el pensamiento ideológico de dos grupos políticos opuestos: los conservadores y los liberales. La pugna entre estos dos grupos políticos condujo de manera progresiva hacia el camino de la lucha y acarrió pronunciamientos, exilios, decretos, confiscaciones de bienes y fusilamientos, con sus consecuencias de represalias y venganzas (Guerra, 1993: 361).

* Museo Nacional de las Intervenciones, INAH (gaspar_hdz2@yahoo.com.mx).

El régimen conservador cayó en 1860 y entonces se implantó el liberal de Benito Juárez (1860-1867), quien promulgó las Leyes de Reforma. Tales medidas beneficiaron a su gobierno, que se apoderó de los bienes eclesiásticos. Para entonces la sociedad mexicana se integraba por una diversidad de clases sociales. Estos sectores reflejaron un mosaico de gente pobre y rica.

Victoriano Salado aprovechó estos dramáticos contrastes para recrear literariamente la pobreza reflejada en la nobleza y la humildad en los sectores aristocráticos, por medio de dos familias mexicanas de distinto linaje: la de Josefina Ubiarco y su hija Génie y la de don Germán Caballero de los Olivos, padre de los jóvenes patriotas.

En la obra, estas dos familias viven en una vecindad de la ciudad de México, donde Génie entabla amistad con los jóvenes patriotas, que ocupan una habitación cercana a la suya. Por la afinidad política que guarda con el grupo conservador, Josefina es designada para viajar a Francia, por lo que se ve en la necesidad de dejar a su hija a cargo de la familia Caballero de los Olivos, que acepta la tarea.

El papel militar de Miguel Caballero de los Olivos bajo el mando de Pedro Martínez e Ignacio Zaragoza al inicio del sitio de Puebla

Con el paso de los días, el 19 de abril de 1862, el señor Juan Bautista Jecker envía dos cartas a Josefina (Salado, 1984: 119.), una dirigida a Eugenia y otra a Germán Caballero de los Olivos. En la primera, Génie avisa a su madre que ha dejado la casa del señor Olivos para marchar con su adorado Miguel a defender la patria en Puebla y combatir a los franceses, pues está segura de hacer lo justo dada su calidad de mexicana, y contagiada de la veneración a la patria en el hogar De los Olivos.

En la segunda carta, el señor Germán avisa a Josefina sobre el cortejo de Miguel hacia Eugenia. Dada la situación, el licenciado De los Olivos determina depositar a Eugenia en el convento de Santa Brígida, de donde más tarde ella escapará para ir con Miguel a Puebla y perseguir dos fines: materializar su amor y defender a su patria de la intervención francesa.

Al partir de la capital, Miguel y Eugenia son alcanzados por la lluvia y el atardecer del día. Los viajeros deciden entrar a la catedral poblana, donde los aborda el encargado Bernabé Sedeño. Tras presentarse, Miguel expresa: “Nos casamos hace dos meses y ahora venimos, yo a unirme a las fuerzas que defienden la plaza contra los franceses, y

ella á acompañarme para saber mi suerte”. Entonces el señor Sedeño pregunta que si acaso es militar y Miguel responde: “Militar soy, aunque no con muchos servicios: tres meses hace que recibí el grado de subteniente que me confirió el señor Doblado” (*ibidem*: 316-317). Sedeño queda impresionado por tan honorable nombramiento. Ante la intención del mozo de buscar alguna habitación para dormir, Sedeño se compadece de ellos, por lo que entra en una serie de razonamientos sobre la persona de Miguel, calificado como un hombre dispuesto a ayudar a los liberales juaristas, a dejar su vida en combate y a luchar por defender a la patria y la libertad de México.

Al paso de una semana se presenta Miguel Caballero ante el capitán Manuel Ruiz para integrarse al ejército liberal mexicano, a fin de pelear contra el invasor extranjero. Asimismo hace entrega de dos cartas: una para el general Ignacio Zaragoza y otra para el gobernador Tapia. Una vez entregados los documentos, Miguel recibe la orden del capitán Ruiz de enlistarse en el batallón de explotadores, por lo que se dirige a Amozoc al encuentro de Pedro Martínez, su comandante. En el trayecto Miguel se encuentra con un batallón mal alimentado, cansado y herido. Sobre esta situación expresa:

Quizás tiene razón don Bernabé Sedeño. ¿Cómo vamos a oponer estos pobres sin armas, sin vestido, sin bagajes, a soldados europeos llenos de fuerza, bien alimentados, engreídos con sus victorias, conscientes de su valor y despreciando a sus enemigos? ¿Acaso los nuestros sabían que era la patria y se figuraban la inmensa desventura de vivir sujetos a un yugo extranjero? ¿Acaso luchaban con fe y con convicción? (*ibidem*: 349).

Estos recursos literarios son usados por el autor para engrandecer a los ejércitos de la patria. La tropa de exploradores de Miguel tiene un sitio designado: vigilar a los gabachos que estaban al pie de la fortaleza de Loreto y Guadalupe y al abrigo de los fuegos del cerro de Amalucan (Mateos, 1993: 176). Situado Miguel en lo último de la fila, mira a su izquierda el cerro de San Juan, a su derecha los cerros de Las Navajas y Amalucan, y al frente la ciudad de Puebla, ya que desde el cerro de Guadalupe se ha abierto ya fuego contra el campo francés. Mientras dura el ataque contra el fuerte, el cañoneo mexicano se redobra y el oficial Miguel sufre calor, hambre, fatiga y sed por el intenso combate. Ante semejante lucha, el subteniente bebe un poco de aguardiente brindado por un compañero suyo y



mira hasta lo alto del cerro de Guadalupe, donde asciende un regimiento de zuavos. De inmediato se ordena mandar un batallón mexicano a hacer frente al avance de las fuerzas francesas. De lo que ha visto en ese lapso, Miguel relata:

Aquí estamos nosotros esperando el bien de Dios; casi no hemos peleado; apenas quemamos unos cartuchos contra los zuavos que quisieron apoderarse de Xonaca, y pare de contar. ¡Diablos de hombres! Si se güelven cosa viva apenas oyen los tiros [...] saben pelear, saben pelear, ni quién dice nada [...] Esto no es iglesia; es la ladrillera, y bien. Lo manda el coronel don Félix Díaz, el chato, que es un león [...] ¡Vaya que si es valiente don Félix! ¡Y como le quiere su gente! (Salado, 1984: 365).

Miguel de los Olivos no tarda en bajar del cerro de Guadalupe montado a caballo, seguido de cuatro ayudantes. En el camino se encuentra con un lancero herido, quien describe a Miguel la astucia y valentía de Ignacio Zaragoza, el general en jefe. Una columna militar parte hacia el camino de México para cubrir con soldados el ataque a los *gabachos*. En esa confusión y alboroto entre los jinetes, Miguel se encuentra rodeado de franceses, a los que ataca con gran decisión mientras de una zanja salen tiros que matan *dragones* en gran cantidad. De ese modo comienza la gran batalla del 5 de mayo, cuando los franceses sufrieron grandes bajas y el ejército mexicano salió triunfante. En esa batalla sobresalieron por su valentía los indios de Méndez, los zacapoaxtlas, Porfirio Díaz, Ignacio Zaragoza y otros más.

Mientras el ejército mexicano regresa a Puebla, el ministro Saligny recibe a Miguel, por encargo del general en jefe de esa ciudad, que ha recibido la visita de tan gentil

personaje. Miguel explica a Saligny los acontecimientos militares de aquella jornada. Más tarde el ministro francés retorna a la comandancia francesa para dar cuenta a Lorencez del resultado de aquella plática.

Al amanecer, Miguel se retira a su casa para comer y descansar. A lo lejos Eugenia distingue a su esposo y corre a recibirlo. Asimismo Bernabé Sedeño llega con Miguel para interrogarlo sobre la batalla, pero antes de que dé comienzo a su relato, también hacen su aparición las mujeres Sedeño y Mercedes Vaca, para informarse de la salud del militar y de cómo ha llegado. Ante aquel número de amigos, Miguel empieza a relatar cuanto ha visto y sufrido en el campo de batalla. Al concluir el relato, sus amigas y vecinas celebran con alegría el caso de que los mexicanos hayan vencido a los franceses.

A finales de agosto de 1862, Miguel regresa a la ciudad de Puebla, donde recibe una carta del francés Nicolás Chardon, su ex prisionero y amigo suyo, donde le dice:

Merced á mil exquisitas indagaciones, logré averiguar vuestro domicilio; pero con gran dolor me enteré de que estabais en el lecho, a consecuencia de una fiebre que no os abandonaba hasta la fecha de mi salida [...] Puedo aseguraros que no me entristeció el fracaso sufrido frente a Puebla, ni las acometidas de las bandas liberales que sin cesar nos acosan, ni las enfermedades y sí el calor de la costa; algo me duele más que todo eso, y es la hostilidad neta, declarada, indudable de la población mexicana (*ibidem*: 416-417, 424).

En esa carta Chardon también describe el trato amable del que gozó durante su cautiverio, su impresión acerca de los aliados, las acciones contra las fuerzas de Tapia, la columna militar de Lefebvre, cómo los espías y aliados co-

municaron a Lorencez que fuerzas mexicanas se movían en el cerro del Borrego, cómo Zaragoza ordenó al general La Llave copar a los franceses en Veracruz, y que en el campamento francés las dos únicas diversiones eran la música y el teatro.

El oficial Miguel ya ha vuelto de la expedición de Izúcar, cuando recibe un pliego en el cuartel general, donde se le ordena pasar a Acatzingo y presentarse con el general Zaragoza. Aunque este conoce poco del mundo, se figura a Zaragoza como un semidiós, y contra su expectativa se encuentra a un general sencillo y humilde. Después del anuncio del ayudante de servicio, el general Zaragoza recibe a Miguel, quien ha sido recomendado por el general Doblado para nombrarlo parte de la guardia del Estado Mayor. Pasa entonces al cuarto de los jóvenes ayudantes, donde se encuentra a muchachos de varios estados que lo reciben con cariño. Uno de ellos, de apellido Martínez, lo instruye sobre sus obligaciones como ayudante y le explica cómo se ha desempeñado el general Zaragoza tanto en su carrera militar como en la batalla del 5 de mayo de 1862.

Al paso de dos días de la llegada de Miguel, Zaragoza ordena su participación en el viaje hacia la ciudad de México, donde deberá entrevistarse con don Benito Juárez para solicitar pertrechos y municiones de guerra y comunicar sus ideas sobre la manera de vencer a los franceses. En la capital son recibidos con gran entusiasmo por el público. Después de saludar a sus padres, Miguel se dedica a custodiar al general Zaragoza. En los pocos días que lleva al servicio del gran general le ha llegado a cobrar gran afecto, al grado de sentirse dispuesto a dar la vida por él. Uno de sus temores es que los conservadores atenten contra la vida del general, y por ello Miguel se propone impedir que se le acerque cualquier persona sospechosa.

Ante el aviso de Porfirio Díaz del avance del enemigo, Zaragoza recorre todas las posiciones militares y al volver se ha contagiado de tifoidea. El doctor Burguiccianni ordena su traslado a Puebla, ciudad donde Zaragoza sufre altas temperaturas y delirio. Los propios médicos le dan pocas esperanzas de vida. Tras varios días, éste deja de existir.

La noticia sobre la aproximación de las tropas francesas llega en su momento al cuartel general, así como cinco telegramas enviados desde Chachapa para su rendición. Es notoria la superioridad numérica de los invasores frente a las tropas mexicanas. Ahora la táctica militar de los franceses consiste en sitiar a la ciudad de Puebla, protegida por ocho fortificaciones, cada una al mando de un jefe militar con su tropa para hacer frente al enemigo.

Al inicio del sitio, el bombardeo francés causa graves daños a los muros del fuerte de San Javier, defendido por el batallón de Octavio Rosado. En un extremo de ese bastión Miguel mira aproximarse a los zuavos, que se logran introducir por las puertas de los costados y las brechas. El enemigo invasor repliega a la gente de Rosado, Miguel y otros nueve muchachos que los habían atacado, a lo cual éstos responden con una lluvia de balas que destruye la puerta (*ibidem*: 572). El mayor número de soldados franceses sobre los mexicanos propicia la captura de cinco héroes, conducidos al cerro de San Juan, donde esperan la decisión de Forey.

Entre esos soldados capturados se encuentra Miguel, que tiene el apoyo de Chardon, ex prisionero del 5 de mayo, quien lo conduce a su lado, lo presenta a sus camaradas y lo alimenta bien. El jefe de los franceses decide su traslado al puerto de Veracruz y luego a Francia. Desde allí, Miguel escribe cartas de amor a su esposa y una epístola en la dice:

Mis queridos todos: pueden hacer la cuenta de que he viajado muchos miles de leguas, puesto que he vivido y vivo en el centro mismo de la Francia imperialista [...] podrían ustedes creer que los franceses nos conciernen a muerte, y desean acabarnos; quizás no pretendan, ya que les servimos de estorbo, y que, queriéndolo o no, les impedimos volver a su tierra [...] Juárez es para ellos un indio bravo; los mexicanos un ható de salvajes; nuestro ejército una califa de ladrones sin disciplina y sin valor [...] creo que no tardaremos en ser canjeados por prisioneros franceses y que entonces podré dar a cada uno de mis amigos el abrazo que hoy les envío con mi cariño de siempre (*ibidem*: 577-579, 581, 597).

Durante su cautiverio Miguel también describe la valentía y hazañas de varios oficiales tanto franceses como mexicanos.

El alistamiento de Francisco Caballero de los Olivos en el ejército de González Ortega y Porfirio Díaz en la caída de Puebla

El ataque de la artillería francesa con cañonazos y bombas contra el cerro de San Javier, custodiada por el batallón de Octavio Rosado y en el cual se halla enrolado Miguel, hace mella en la fortificación más débil de los alrededores de la ciudad de Puebla. En este ambiente hostil ha llegado a la

angelical ciudad de Puebla el hermano menor de Miguel, llamado Francisco Caballero de los Olivos, incorporado al batallón de Oaxaca, dirigido por Porfirio Díaz, que lo ha nombrado sargento para ayudar en la defensa nacional contra el enemigo invasor y proteger el legado de la libertad y de la patria, tan caros para los principios de Salado Álvarez. En esta ciudad Francisco localiza la vivienda de Eugenia, a quien entrega dos cartas encomendadas por sus padres, una para ella y la otra para su esposo. En el hospicio de San Marcos Díaz manda reconocer las regiones o manzanas que le han tocado defender y encomienda a Francisco la tarea. El ataque francés comienza con un cañoneo espantoso que derriba puertas y abre una brecha para llegar a la fortificación de San Agustín.

En medio de tal ambiente se desata una tenaz lluvia y sobreviene la fatiga entre las líneas de ambos contendientes: los franceses apenas intentan un reconocimiento y los mexicanos se dedican a reparar sus fortificaciones. El nuevo día comienza cuando el coronel Carbó despierta a Francisco para que se dirija al convento de Santa Inés, con el objetivo de llevar unas cajas de pólvora y ponerse bajo las órdenes de Miguel Auza; éste, a su vez, le ordena dirigirse con el coronel González Cosío para que se incorpore a su batallón. Tanto Auza como Cosío frenan un poco el avance de los franceses.

Desde el principio del sitio de Puebla se conjugan varias emociones entre las filas de los defensores: “La risa junto a las lágrimas, la desolación al lado de la despreocupación, la frase de terror se cree de la frase ingeniosa, mordente y expresiva” (*ibidem*: 698). En medio de esta situación se pacta el canje de prisioneros, del que Pancho ha solicitado participar como subalterno para estar al tanto del regreso de su hermano Miguel. El encuentro entre ambos resulta alegre y sorprendente, al grado de que Miguel expresa:

“¡Pancho, Pancho de mi alma!” “¡Al fin te viniste, canalla!” “¡Qué quieres!”, dijo el otro; “sus triunfos y heroicidades no me dejaban dormir y pensé en presentarme para echarle pie adelante”. “Bien hecho, bien hecho” [...] “Háblame de todos” [...] “Génie [...] te tiene en casa un regalillo que no dejará de agradarte [...] El haber venido por aquí se debió casi al deseo de participarte la noticia: hombre, y muy gordo y muy guapo; dicen que es el retrato de mamá [...] ya me lo figuraba” (*ibidem*: 704-05).

Juntos llegan a la casa de Eugenia, donde son recibidos con alegría y gritos de angustia.

Mientras tanto, entre los generales liberales se discute la manera de terminar con la invasión francesa, pero sus acuerdos quedan ocultos para los oficiales de menor rango. El general Ortega, junto con otros militares, decide mandar a cuatro oficiales, Mendoza, Miguel, Lalanne y Togno, rumbo al campamento francés para parlamentar con el invasor sobre la rendición.

Así llegan al campamento del primer batallón de zuaivos, donde son recibidos, primero, por el capitán Verzin y luego por el coronel Martín, quien se dispone a comunicar al general Forey la presencia de los enviados.

Al cabo de un tiempo llega la respuesta y éstos emprenden el camino rumbo al cerro de San Juan. Cuando al fin llegan al cuartel general de los franceses, el subalterno Lalanne traduce las palabras de Mendoza: “Señor general: comisionado por el señor general en jefe de la plaza de Puebla, vengo a suplicarle nos conceda un armisticio que sirva para dar fin a este sitio, que ya se prolonga demasiado...”

Cuando Lalanne concluye de traducir a Mendoza, Miguel explica lo que el francés exclama:

El ejército mexicano ha demostrado que es valiente, que se respeta, que conoce y cumple sus obligaciones [...] Ha salvado su honor, ha detenido a un ejército que sus enemigos llaman el primero del mundo, ha hecho prodigios de valor [...] Y bien [...] ¿Qué pretende el general Ortega!? [...] Que no se le persiga durante dos jornadas en su camino hasta la capital de la República. ¡Oh! Todo concederé al general Ortega menos el que las tropas que manda queden en actitud de continuar la guerra contra Francia (*ibidem*: 733-736).

Ante la rendición, Pancho es despertado junto con los demás oficiales para comunicar a todos los soldados que se trasladarán a la cuadra, donde los espera Porfirio Díaz. Cuando ve a la gente reunida, este general les comunica:

“Amigos, no tengo para qué decirles que estoy contento de todos ustedes; no hay entre los míos un cobarde [...] Me han acompañado en esta serie de acciones que les levanta entre todos los valientes; han sido leales, abnegados, firmes, sufridos, y sobre todo, patriotas [...] Romperemos nuestras armas [...] y nos pondremos en poder de los franceses [...] si yo fuera el jefe, pueden estar seguros de que intentaría algo y que no me entregaría [...]” Con tal resignación Díaz se despidió de ellos



con un fuerte abrazo, pero cuando Pancho llegó a él le dijo: “No daremos palabras; quedaremos en libertad de hacer lo que nos plazca [...] yo me fugo; ¿quiere venirse conmigo?” “¡Señor!. [...] pues cálese y procure estar cerca de mí.” “Muy bien, mi general” (*ibidem*: 739-741).

El general González Ortega ha ordenado la reunión de todos los jefes oficiales en el atrio de la catedral y el palacio de gobierno para entregarse a discreción al enemigo y todavía envía a Miguel al campamento francés para entregar un documento sobre la rendición de Puebla. Después de 60 días de sitio, la ciudad de Zaragoza capitula a favor del ejército francés.

Conclusiones

La importancia de la novela histórica es equiparable con otras herramientas, como las de la memoria, la crónica, la biografía, la leyenda e incluso como la novela de sociedad y de ciencia ficción. La obra de Salado es un ejemplo de ello. Estos aspectos tan distintos entre sí dan una idea de la complejidad del término “novela histórica”, debido a sus posibilidades estéticas y los recursos utilizados para su estructuración.

Por ello, se trata de un género de la imaginación romántica, creativa y aventurera que se mezcla con la ficción; es decir, se trata de un producto que responde a los intereses y motivos del autor, entre sus aficiones al bando liberal pero también al conservador.

El sitio de Puebla quedó plasmado por Salado mediante la descripción de la batalla del 5 de mayo, donde destaca las miserias, alegrías, cobardías y elegancias de mexicanos y franceses en uno de los episodios de la historia mi-

litar mexicana, pero también narra episodios de batallas militares, de personajes y de grupos políticos opositores.

A diferencia de los franceses radicados en nuestro país (los “afrancesados”), la participación de la familia Caballero de los Olivos es el modelo de patriota que a Victoriano Salado le interesaba proponer. Son el prototipo del mexicano dispuesto a dar la vida por la nación, por la defensa de la patria y la libertad contra la intervención francesa. Esta construcción posterior de esta realidad, según Érika Pani, es un discurso del heroísmo y del patriotismo que se empezó a fundar desde la República restaurada y cuyo fin era la legitimación del proyecto nacional, basado en la historia patria. A final de cuentas es la idea de que la ocupación demostró al mundo que el pueblo de México estaba dispuesto a resistir y expulsar al invasor extranjero cuantas veces fuera necesario para defender tanto la soberanía como la independencia.

Novelas cómo ésta se deben emplear como una fuente de primera mano que, complementada con otras de archivo, genere más preguntas en beneficio del conocimiento hacia otros campos de estudio, a modo de que se reconstruyan los acontecimientos.

Bibliografía

- Guerra, François Xavier, *Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*, México, FCE, 1993.
- Mateos, Juan A., *El sol de México. Memorias de la intervención*, México, Porrúa, 1993.
- Pani, Érika, *El segundo imperio. Pasado de usos múltiples*, México, FCE/CIDE, 2004.
- Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios nacionales mexicanos*, vol. IV, México, FCE, 1984.